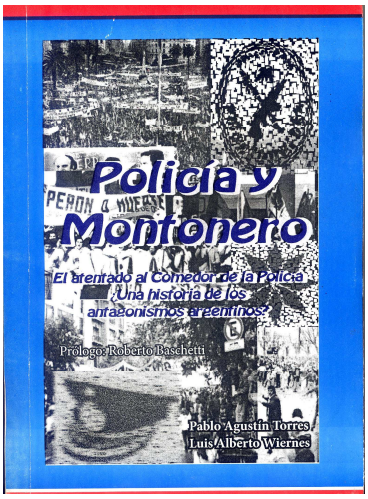
Policía y montonero. El atentado al Comedor de la Policía. Una historia de los antagonismos argentinos. Pablo Agustín Torres-Luis Alberto Wiernes. Chaco, Roque Sáenz Peña, 2010. Tutchei Tansec, 284 págs.



A MODO DE PROLOGO, A MODO DE DEFINICION

Emergieron en los ’70. Eran jóvenes con ideales y que estaban decididos a cambiar el sistema político y social injusto en medio del cual se habían educado y crecido. Siempre a la vista y consideración de aquellas desigualdades sociales pronunciadas y eternas, donde una oligarquía aliada al imperialismo cortaba de cuajo la posibilidad de cualquier cambio que pudiera al menos aliviar el sufrimiento de millones de sus compatriotas. “Educación Democrática”, por ejemplo, era una materia del secundario que explicaba la división del Estado en 3 poderes y reivindicaba al sufragio como la única manera de elegir a los gobernantes. La realidad era mucho menos idílica: la democracia era una ficción, la fuerza política mayoritaria del pueblo argentino, el peronismo, estaba proscripta, su líder desterrado y exiliado y al país lo manejaban como si fuera una empresa familiar una casta de oficiales de caballería ultramontanos que repartían su tiempo entre las fanfarrias militares y lucrativos puestos en directorios de empresas extranjeras.

El muchacho que es motivo de este libro era uno de aquellos jóvenes. Con un común denominador a muchos: un buen pasar económico de su familia, educación en un colegio católico privado, uno de los mejores promedios, boy scout con gran sensibilidad por lo social y elegido el mejor compañero por sus pares. En algún momento de su corta existencia, quien nos ocupa, José María “Pepe” Salgado, que ya mostraba una sensibilidad

manifiesta en beneficio de los más pobres y marginados de nuestra sociedad, se planteó la necesidad de cuestionar las estructuras injustas de poder. Cerrados todos los caminos de participación política que no permitían cambiar una sociedad ya con signos de putrefacción evidentes; por descarte, él y tantos jóvenes quedaron posicionados en el único lugar que los dejaban y a donde los empujaban y pechaban permanentemente: la violencia política. Entonces, eligió luchar, dar pelea, integrando la organización político-militar Montoneros.

Violencia política que cabe recordar no comenzó como muchos nos quieren hacer creer con la muerte de Aramburu el 29 de mayo de 1970 sino que tiene tanta antigüedad como el nacimiento mismo de nuestra Nación. Pero con una característica que se vuelve inmutable e imperecedera en el tiempo: como bien dice el científico social Conrado Eggers Lan, "La posibilidad de aumentar o evitar el derramamiento de sangre estaba, como suele suceder, en manos de los opresores y no de los oprimidos"[(1).] Desde mediados del siglo XX, un listado incompleto de los hechos de violencia protagonizados por sectores minoritarios y elitistas de nuestra sociedad en perjuicio del Pueblo, debe incluir: bombardeo a la plaza de Mayo el 16 de junio de 1955 que deja un saldo de 300 muertos y más de 800 heridos, el golpe militar que 3 meses más tarde derriba al gobierno constitucional de Perón elegido con el 62,49% de los votos, la ya mencionada proscripción del peronismo (decreto ley 4161), el robo del cadáver de Eva Perón, los fusilamientos de civiles y militares peronistas entre el 9 y 12 de junio de 1956, el ingreso al Fondo Monetario Internacional al año siguiente y el acatamiento servicial y disciplinado a todas sus medidas antipopulares y restrictivas al desarrollo nacional, el secuestro y desaparición del obrero y militante de Juventud Peronista Felipe Vallese en agosto de 1962, el retorno fallido de Perón en diciembre de 1964 impedido de volver a su patria por el gobierno radical de entonces y las cancillerías brasileña y norteamericana, y a partir de 1966, las dictaduras: monárquica la de Onganía, soberbia la de Lanusse y entre ambas el interregno de un general desconocido (Levingston) traído de apuro de los EE.UU. para apagar el incendio.

Después de todo, estos muchachitos en general y Salgado en particular eran los continuadores de una heroica resistencia de 18 años, que tuvo uno de sus máximos exponentes en la ofensiva popular del "Luche y Vuelve" del '72, acatado por millones de sus compatriotas, muchos de ellos más veteranos y todavía eternamente agradecidos a aquellos años de soberanía popular que se plasmaron entre 1945 y 1955 y que llevaron a decir como una verdad irrebatible que los días más felices del pueblo argentino fueron peronistas.

Sería intelectualmente deshonesto de mi parte no hacer mención (como si nada hubiera ocurrido) a lo sucedido luego del regreso de Perón

en 1973 y a su tercer gobierno cuando fue elegido por una amplia mayoría (61,86% de los votos emitidos). El Genearca Justicialista vino a la Argentina para gobernar a una nación devastada en lo económico y dividida por una lucha de clases en constante aumento. Creyó poder encontrar la solución integrando a todos detrás de un proyecto único. Inclusive cambió uno de los apotegmas de sus 20 verdades. El "para un argentino no hay nada mejor que otro argentino" reemplazó a aquel histórico y resistente que decía "para un peronista no hay nada mejor que otro peronista". Pero ya eran otros tiempos: esa anacrónica comunidad organizada con que soñaba, se había desgastado y esfumado irremediablemente para dar lugar a la existencia de una Juventud Peronista que exigía la realización de una patria montonera y socialista y que parafraseando a Evita, anunciaba que "con sangre o sin sangre, la raza de los oligarcas explotadores se acabará en este siglo". Perón para poder gobernar sin sobresaltos creyó posible respaldarse en lo más execrable de su Movimiento, y en otros indeseables, como única manera de equilibrar la fuerza desmesurada que había ganado la Tendencia Revolucionaria del Peronismo en pocos años. No se explica de otro modo la multiplicación de funestos personajes a su alrededor: su esotérico secretario López Rega; su inepta mujer María Estela Martínez; el Ministro de Trabajo Otero (un vandorista de los pesados); los comisarios represores Villar y Margaride; el yerno del brujo: Lastiri, que alardeaba mostrando su colección de corbatas de seda en una nota de la revista "Gente"; el coronel de los servicios: Osinde; el nazi que atornillaron en la Universidad: Ottalagano; el titular de la CGT: un burócrata sindical, Casildo Herrera ("yo me borro") y el inestimable aporte de bandas armadas y matones de ultraderecha que iban desde la JSP, al C de O y la CNU con el último fin decían, de "depurar el movimiento de zurdos e infiltrados". El CNU inclusive luego del golpe del '76 aportó sus hombres a los temibles grupos de tareas de la Marina de Guerra en Mar del Plata.

Muchos jóvenes que si era necesario daban hasta la vida por Perón antes del regreso definitivo a la Argentina de su Líder, quedaron confundidos y golpeados con el rumbo que adquiría el tercer gobierno justicialista ("¡Qué pasa, qué pasa general, que está lleno de gorilas el gobierno popular!" gritaron a coro en una Plaza de Mayo enardecida) y se enfrentaron al desconcierto y a la desmovilización pretendida en esos momentos primero, y a la dictadura cívico-militar después, luego del 24 de marzo de 1976. Una dictadura que venía expresamente a provocar un genocidio, a exterminar a todos sus enemigos y poder así imponer un perverso modelo económico y social sustentado a sangre y fuego. Eso es lo que diferencia a éste (el de Videla) de los golpes militares anteriores de 1930, 1955 y 1966.

Al respecto me parece interesante traer a colación las palabras vertidas por el filósofo León Rozitchner refutando a su colega Oscar Del Barco sobre el nacimiento de la violencia en Argentina. “Del Barco deja de lado el origen de la violencia, y por lo tanto la diferencia entre violencia y contra-violencia, pero sobre todo la disimetría de las fuerzas enfrentadas en una situación extrema: quién aplica la violencia con vistas a someter al otro para explotarlo y tenerlo a su servicio, hasta decretar su muerte, y (a esta) la equipara con aquellos que se defienden para que no los aniquilen” [(2)]. Y en el mismo sentido, recupero una definición del pensador José Pablo Feinmann: “... A la guerrilla la creó la necedad del país antiperonista. La torpeza miserable, clasista, racista, antidemocrática y represiva de la oligarquía, del empresariado, del catolicismo y del ejército (...) la verdadera generación de la violencia, estuvo antes en los gorilas que en Perón o en las formaciones especiales” [(3)]

La historia escrita hasta ahora, individualiza a José María Salgado como la persona que amparada en su condición de policía introdujo una bomba de alto poder en la Superintendencia de Seguridad Federal el 2 de julio de 1976, provocando 24 muertos y alrededor de 65 heridos entre los uniformados. Un organismo policial, cabe recordar que amparado en el terrorismo de Estado, secuestraba alrededor de 30 ciudadanos por día y para siempre. Se los “chupaba”, los hacía desaparecer, nunca más se sabía de ellos, salvo que sus cuerpos aparecieran dinamitados y destrozados en algún lado como venganza a la lucha popular o como escarmiento y modo de infundir terror a la población. Ese mismo organismo policial que con su represión al servicio de los poderosos ayudó a desarticular todo tipo de protesta política, social ó sindical provocando luego de siete años de gobierno (1976-1983), una desindustrialización acelerada acompañada de una desocupación estructural que pegó de lleno en las clases sociales más débiles y desprotegidas, dejándolas a la intemperie y reduciendo al mínimo las prestaciones sociales. Que jubilosamente comenzó un desguace del patrimonio estatal (tarea que concluyó Menem) acompañado de un endeudamiento insólito que provocó por un lado fuga de capitales y por el otro, una primacía de las ganancias financieras sobre las productivas, dejando obviamente la concentración del ingreso en pocas manos. Por ejemplo, la transferencia de recursos de la clase trabajadora a los sectores dominantes es un dato que no se puede soslayar: la participación de obreros y empleados en el Producto Bruto Interno (PBI) que era del 44% en 1975, descendió abruptamente al 20% en 2001 cuando la crisis era ya insostenible. La población ubicada por debajo de la línea de la pobreza en el mismo período de tiempo trepó del 12,3% al 37%. La desocupación y subocupación del 8% al 34%. Y cuando en 1983, Bignone entrego la banda presidencial a Alfonsín la deuda externa se quintuplicó, ya que de 8.204 millones se fue a 43.509 millones. Esa fue la realidad que dejó el

apareamiento del imperialismo con la oligarquía ganadera y los que luego fueron conocidos como “los capitanes de la industria”. Y a esa realidad –desde el campo nacional, popular y revolucionario- cada uno se enfrentó con decisión y coraje, como pudo y desde donde pudo. No debe haber vergüenza ni ocultamiento deliberado por haber enfrentado resueltamente a quienes vendieron la Nación. Deber quedar claro que Salgado y muchísimos jóvenes más, integrantes de aquella “Juventud Maravillosa” a quién Perón rendía admiración desde su exilio madrileño, fueron los mismos que tuvieron encuadramiento y responsabilidad política de diversos grados en las organizaciones peronistas guerrilleras de la época. Ninguno de ellos fue inocente y decidieron arriesgar su vida en pos de la liberación nacional y social de nuestra patria. Además, en el caso concreto que nos ocupa, la Cámara Federal[(4)] dijo sobre el atentado a aquel organismo policial, que ha causado un “daño inconmensurable”, pero que el mismo no constituye un delito de lesa humanidad ni un crimen de guerra.

Salgado, fue uno de los miles de argentinos inmolados en aras de un país mejor. De poder escribir su propio epitafio, quizás parafraseando a Mahatma Gandhi –aquel hombrecito que se enfrentó con el colonialismo imperial inglés- hubiera dicho: “Mañana tal vez tengamos que sentarnos frente a nuestros hijos y decirles que fuimos derrotados. Pero nunca podríamos mirarlos a los ojos y decirles que viven así porque no nos animamos a pelear...”.

Lic. Roberto Baschetti

[(1)] ”Violencia y estructura”. 1970. *(Archivo del autor)*
[(2)] *Clarín* 7-1-2008, Pág. 34
[(3)] “Peronismo. Filosofía política de una obstinación argentina. El concepto de aniquilamiento”. *Suplemento de Página 12*. Enero 2008.
[(4)] *La Nación*. 6-1-2008, Pág. 26.